

Leyendo el cuerpo: interacciones homoeróticas en la periferia de la Ciudad de México

Reading the Body: Homoerotic Interactions on the Periphery of Mexico City

ENRIQUE BAUTISTA ROJAS¹
Universidad Nacional Autónoma de México
kique_pedagogo.unam@hotmail.com

Recibido: 11 de marzo de 2026

Aceptado: 26 de abril de 2026

Resumen

En este texto se analizan las formas de sociabilidad homoerótica entre varones que se dan en diferentes espacios situado en la periferia urbana oriente de la Ciudad de México. A partir de observaciones en lugares de interacción homoerótica y notas de campo, se examina las disposiciones corporales, prácticas espaciales y formas de reconocimiento mutuo que permiten a los participantes identificar las posibilidades en dichos entornos. El análisis se apoya en conceptos bourdieuanos de *habitus*, campo y sentido práctico. Desde esta perspectiva, se propone comprender el homoerotismo entre varones como un subcampo dentro del campo más amplio de la sexualidad, organizado a través de disposiciones incorporadas y competencias prácticas que orientan las percepciones y las acciones. Los hallazgos muestran que estos encuentros no son interacciones fortuitas, sino que están configurados por códigos corporales y espaciales que permiten gestionar el deseo y el reconocimiento mutuo. En la discusión y conclusiones se apunta a que hay prácticas corporales, espaciales y relacionales mediante las cuales los participantes orientan sus acciones y reconocen la posibilidad de interacción erótica en espacios urbanos periféricos.

Palabras clave: homoerotismo, sociabilidad sexual, etnografía urbana, *habitus*, sexualidades urbanas

Abstract

This article analyzes forms of homoerotic sociability among men that occur in different spaces located in the eastern urban periphery of Mexico City. Drawing on observations conducted in sites of homoerotic interaction and field notes, the study examines bodily dispositions, spatial practices, and forms of mutual recognition through which participants identify possibilities for interaction within these environments. The analysis is grounded in Bourdieusian concepts of *habitus*, field, and practical sense. From this perspective, male homoeroticism is understood as a subfield within the broader field of sexuality, organized through embodied dispositions and practical competencies that orient perceptions and actions. The findings show that these encounters are not merely fortuitous interactions; rather, they are shaped by bodily and spatial codes that enable participants to manage desire and mutual recognition. The discussion and conclusion suggest that participants rely on a set of bodily, spatial, and relational practices through which they orient their actions and recognize the possibility of erotic interaction in peripheral urban spaces.

Keywords: homoeroticism, sexual sociability, urban ethnography, *habitus*, urban sexualities.

¹ Estudiante del Doctorado en Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, México. Licenciado y maestro en Pedagogía por la UNAM. Ha sido docente en Educación Básica y ha trabajado en el diseño de planes de estudio, libros de texto y materiales didácticos para este nivel. Sus líneas de investigación incluyen educación y diversidad sexual, enseñanza de la historia y educación indígena.

Introducción

En distintos lugares, los encuentros homoeróticos entre varones en espacios públicos o semipúblicos han sido objeto de interés (Boivin, 2013; Langarita, 2013/2014a; Reyes, 2015; Rojas, 2016; Teutle y List, 2016; Cruz, 2024; Fernández, 2025). Parques, baños públicos, saunas u otras zonas urbanas de circulación han sido analizados como escenarios donde se configuran formas de sociabilidad sexual masculina. En este contexto, Humphreys (1970) mostró que incluso en sitios aparentemente fortuitos o aleatorios, estas interacciones se organizan mediante reglas tácitas de interacción, reconocimiento mutuo y coordinación entre participantes que, en muchos casos, no se conocen previamente. Otros trabajos también han explorado cómo estas prácticas se articulan con la producción social del espacio urbano, los regímenes de visibilidad sexual y las formas situadas de deseo (Rojas, 2019; Damián, 2021; Kokalov, 2021).

Literatura sobre *cruising*² y sociabilidad sexual masculina (Langarita, 2014a/2014b; Rojas, 2016; Pazos y Giraldo, 2021)) ha señalado que estos encuentros no constituyen simplemente interacciones cotidianas, sino prácticas sociales reguladas por normas informales que orientan la conducta corporal, la circulación en el espacio y las formas de atención entre los participantes. Algunas investigaciones también han mostrado que gestos aparentemente mínimos – miradas sostenidas, desplazamientos repetidos, pausas en determinados puntos del espacio – funcionan como dispositivos de señalización que permiten comunicar interés erótico sin recurrir a palabras (Hubbard, 2001; Brown, 2008). Más que encuentros espontáneos, estas dinámicas implican el despliegue de competencias prácticas que permiten a los sujetos interpretar señales ambiguas, modular su propia visibilidad y orientarse en un escenario de interacciones potenciales.

No obstante, una parte de esta literatura se ha centrado en contextos urbanos del Norte global o en espacios y escenas homosexuales visibles, como barrios gays o zonas de ocio nocturno (Martín, 2010; Boivin, 2016). En contraste, se ha prestado menor atención a las formas de sociabilidad homoerótica que se desarrollan en territorios urbanos periféricos o en espacios que no forman parte de circuitos institucionalizados de la diversidad sexual. Esta ausencia resulta particularmente relevante en contextos metropolitanos latinoamericanos donde la expansión urbana, la desigual distribución de infraestructuras de ocio y las persistentes normas heteronormativas producen configuraciones específicas y diferentes de visibilidad y gestión cotidiana del deseo.

En este sentido, la periferia urbana oriente de la Ciudad de México constituye un contexto especialmente relevante para examinar cómo se organizan estos encuentros. Lejos de los espacios comerciales o turísticos asociados a la vida nocturna LGBTIQ+, en estos territorios el homoerotismo entre hombres suele desplegarse a través de prácticas discretas, corporales y situadas que permiten

² “Cruising” es un anglicismo que denomina a las prácticas sexuales que usualmente se realizan de manera espontánea y anónima en espacios públicos o abiertos (Rojas, 2016).

el reconocimiento entre desconocidos en entornos cotidianos. Analizar estas dinámicas permite ampliar la comprensión del deseo entre hombres, mostrando cómo se producen formas de sociabilidad erótica en territorios donde la visibilidad sexual puede implicar mayores riesgos.

Considerando lo señalado, el presente trabajo se pregunta en términos generales: ¿cómo se configuran y articulan las disposiciones corporales, prácticas espaciales corporales y formas de percepción que hacen posible los encuentros homoeróticos entre hombres en espacios de la periferia urbana de la Ciudad de México? A partir de lo anterior, el objetivo del análisis es comprender las competencias incorporadas, percepciones situadas y estrategias corporales mediante las cuales los participantes reconocen, evalúan y activan encuentros homoeróticos en espacios de dicha periferia. En consonancia con ello, los objetivos específicos son: a) analizar las disposiciones corporales y perceptivas que permiten identificar oportunidades de interacción homoerótica; b) Examinar los códigos espaciales y de las prácticas mediante las cuales se construyen y regulan estos encuentros; y c) Interpretar la relación entre las configuraciones del espacio periférico urbano y las formas de interacción homoerótica.

Metodológicamente, el estudio se basa en una aproximación etnográfica realizada entre noviembre de 2025 y abril de 2026,³ sustentada en la observación sin intervención en lugares de interacción homoeróticas *exprofeso* (club nocturno y cabinas de una sex shop) y no (metro y baño de vapor), y la elaboración de notas de campo. Este enfoque permite prestar atención a dinámicas corporales, espaciales y relacionales que estructuran el reconocimiento entre participantes en el espacio, así como los gestos, desplazamientos y formas de atención que orientan las posibilidades de interacción.

Marco teórico

Para comprender las dinámicas que estructuran los encuentros homoeróticos entre hombres en espacios urbanos, este trabajo se apoyó en la sociología de Bourdieu, particularmente en sus aportes sobre *habitus*, campo y sentido práctico. Desde esta perspectiva, las prácticas sociales no pueden comprenderse únicamente como decisiones conscientes o estrategias plenamente reflexivas, sino como el resultado de disposiciones incorporadas que orientan la percepción, la acción y la interpretación de las situaciones sociales. El concepto de *habitus* permite dar cuenta de cómo los sujetos desarrollan esquemas prácticos de percepción y comportamiento a partir de su experiencia social. Estos esquemas les permiten actuar de manera relativamente ajustada en contextos específicos sin necesidad de reglas explícitas (Bourdieu, 2007).

El *habitus* puede entenderse como un sistema de disposiciones corporales y cognitivas que orientan el modo en que los sujetos perciben las oportunidades de acción disponibles en un determinado espacio social (Maton, 2014).

³ El presente texto presenta hallazgos iniciales del trabajo empírico desarrollado como parte de la investigación doctoral sobre el homoerotismo en la periferia oriente de la Ciudad de México.

Estas disposiciones no operan como normas formales, sino como formas de conocimiento práctico que se manifiestan en gestos, posturas, ritmos de desplazamiento y modos de atención hacia los otros. En contextos de sociabilidad sexual entre desconocidos, estas competencias prácticas, por ejemplo, permiten a los participantes interpretar señales, anticipar posibles interacciones y ajustar su conducta corporal.

Desde una perspectiva bourdieuana, las prácticas sexuales pueden entenderse como inscritas dentro de un campo más amplio de relaciones sociales en el que se definen normas, jerarquías y formas legítimas o ilegítimas de deseo (Bourdieu, 1990). En este sentido, es posible pensar la sexualidad no simplemente como un conjunto de prácticas privadas, sino como un campo donde se disputan definiciones legítimas del deseo, la moralidad y la respetabilidad. En este marco más amplio, en este trabajo se propone analizar el homoerotismo entre varones como un subcampo específico caracterizado por reglas prácticas, formas de reconocimiento y recursos particulares que estructuran las interacciones entre quienes participan en él. Dicho subcampo no funciona de manera completamente autónoma, sino en tensión constante con el campo más amplio de la sexualidad, el cual está históricamente organizado por regímenes heteronormativos que definen qué formas de deseo pueden ser visibles, aceptables o legítimas y cuáles no.

Pensar el homoerotismo como un subcampo permite prestar atención a los recursos y competencias que adquieren valor en estas interacciones. En los espacios de encuentro entre varones, las formas de capital (Bourdieu, 2000) relevantes no se limitan a recursos materiales o simbólicos tradicionales, sino que incluyen competencias corporales, disposiciones perceptivas o habilidades para interpretar señales. Estos recursos pueden entenderse como formas situadas de capitales que permiten a los participantes posicionarse en los espacios de interacción y reconocer a otros potencialmente disponibles.

En esta perspectiva, es relevante la dimensión corporal de las disposiciones sociales. Como ha señalado Wacquant (2004), el *habitus* no se limita a esquemas cognitivos abstractos, sino que se manifiesta en formas de conocimiento incorporado que se expresa a través del cuerpo y de sus modos de moverse, percibir y responder a las situaciones sociales. Así, el cuerpo funciona como un soporte privilegiado de las disposiciones sociales. Éstas — aprendidas a través de la experiencia social — permiten a los sujetos desarrollar lo que Bourdieu (2007) denomina sentido práctico, es decir, una capacidad para orientarse e interpretar señales, anticipar reacciones o ajustar la propia conducta corporal en un espacio de interacción mediante evaluaciones rápidas, implícitas y situadas.

Bajo esta mirada, los encuentros entre hombres pueden entenderse como configuraciones sociales en las que los sujetos movilizan disposiciones y recursos específicos para orientarse en un campo de posibilidades eróticas estructurado, aunque a menudo implícito. En consideración de esto, el interés analítico de este trabajo no reside en los actos sexuales en sí mismos, sino en las prácticas corporales y espaciales que hacen posible el reconocimiento mutuo y

la coordinación entre desconocidos.

Metodología

El trabajo se inscribe en una investigación cualitativa de enfoque etnográfico y de carácter mono-método. La etnografía se asume no sólo como una técnica, sino como una perspectiva metodológica que orienta la producción y el análisis de la información, privilegiando las prácticas sociales en contextos situados, así como la atención a las corporalidades y los usos específicos del espacio. En este sentido, permite prestar atención a las dinámicas que organizan la conducta de los sujetos en contextos concretos y a los significados que orientan sus prácticas y acciones cotidianas (Hammersley y Atkinson, 1994; Emerson, Fretz y Shaw, 2011).

El estudio de sexualidades situadas y sociabilidades eróticas requiere técnicas capaces de captar formas de interacción que a menudo se desarrollan de manera implícita, corporal o no verbal. En estos contextos, la observación directa de la forma en que se gestionan las prácticas y del uso del espacio es importante para comprender los códigos prácticos que estructuran el encuentro entre participantes (Browne y Nash, 2010). En consonancia con ello, el trabajo se basa en la observación sin intervención de interacciones y en la elaboración de notas de campo detalladas para reconstruir las dinámicas corporales, espaciales y relacionales presentes en los sitios estudiados.

Como ya se advertía, la principal técnica de investigación consistió en la realización de observaciones reiteradas entre los meses de noviembre de 2025 y abril de 2026 en: un club nocturno LGBTIQ+, un sitio de baños de vapor, dos líneas del metro y unas cabinas de una *sex shop*, todos ubicados en municipios periféricos de la Ciudad de México.⁴ Estos lugares forman parte de circuitos cotidianos de recreación y tránsito, pero también algunos de ellos están explícitamente destinados a la sociabilidad sexual. El metro y los baños de vapor, por ejemplo, bajo ciertas condiciones de ocupación del espacio, pueden funcionar como escenarios para interacciones homoeróticas entre hombres.

Las observaciones fueron registradas en notas de campo elaboradas de manera casi inmediata después de las visitas a los lugares señalados. En la mayoría de los casos fue posible hacer anotaciones en los lugares mediante el uso del celular y, posteriormente, éstas fueron empleadas para la redacción en el diario. Estas notas constituyen el instrumento central de la investigación etnográfica. Siguiendo la precisión de Emerson, Fretz y Shaw (2011), en las notas de campo se documentó no sólo las acciones observadas, sino también el contexto situacional en el que éstas se producen, incluyendo ritmos de interacción, configuraciones espaciales y detalles corporales que permiten interpretar prácticas sociales. En este trabajo, las notas de campo se utilizaron como base para la identificación y análisis de las categorías analíticas desarrolladas en la sección posterior a partir

⁴ En el caso del transporte colectivo metro, se decidió hacer observaciones en líneas que llegan o cuyo tránsito atraviesa parte del Estado de México.

del proceso sugerido por la Teoría Fundamentada (Glaser y Strauss, 1967).

La reflexividad constituye un elemento central en este trabajo, puesto que permite reconocer cómo la posición social del investigador, sus trayectorias y sus formas de presencia en el campo influyen en el proceso de observación y en la interpretación de los datos (Hammersley y Atkinson, 1994). En este sentido, el análisis desarrollado en el texto reconoce que las descripciones etnográficas constituyen siempre interpretaciones situadas de las prácticas observadas. Como en toda investigación etnográfica, la presencia del investigador forma parte de la situación observada y condiciona en cierta medida las posibilidades de acceso al campo y las interacciones que se llegan a presenciar. En este caso, el trabajo empírico fue realizado de manera individual, por lo que dichas mediaciones se encuentran directamente vinculadas a la propia posición, trayectorias y formas de involucramiento en el campo. La validez del análisis se sostuvo mediante un ejercicio sistemático de reflexividad y el contraste continuo entre registros de campo y procesos de interpretación.

La observación privilegió el registro de dinámicas generales de interacción y patrones de comportamiento. Los registros obtenidos fueron sistematizados mediante un esquema de análisis de carácter inductivo que permitió la construcción de categorías emergentes a partir del propio trabajo de campo, sin recurrir a categorías analíticas predefinidas. Este proceso se orientó a identificar regularidades, contrastes y situaciones significativas en torno a las interacciones, las corporalidades y los usos del espacio. Asimismo, se procuró minimizar formas de intervención directa que pudiera alterar las dinámicas del lugar o comprometer la seguridad de los participantes (Browne y Nash, 2010).

El trabajo se desarrolló atendiendo a principios éticos fundamentales para la investigación social, particularmente en contextos donde se analizan prácticas sexuales o interacciones potencialmente sensibles. Dado el carácter del estudio, el tipo de acceso al campo y las disposiciones institucionales de la universidad, la investigación no fue sometida a un comité de ética; no obstante, se siguieron de manera rigurosa pautas éticas ampliamente reconocidas en la investigación etnográfica. En este sentido, se evitó registrar cualquier tipo de información que pudiera permitir la identificación de los participantes. Las observaciones se centraron exclusivamente en patrones de interacción y dinámicas espaciales, sin recoger datos personales ni establecer registros individualizados. Asimismo, con el fin de proteger la privacidad de quienes frecuentan el lugar, el texto omite detalles específicos sobre la localización exacta de los sitios estudiados. Esta decisión responde a la necesidad de evitar posibles procesos de exposición o vigilancia que pudieran afectar a las personas que participan en estas dinámicas.

Siguiendo el proceso de la Teoría Fundamentada (Glaser y Strauss, 1967), emergieron las categorías que se muestran en la Tabla 1 a partir de la codificación abierta y la comparación constante.

Tabla 1. Categorías emergentes a partir del análisis de los encuentros homoeróticos en la periferia de la Ciudad de México (Elaboración propia)

Categoría	Descripción
a) Regímenes de visibilidad y clandestinidad	Diferentes grados de exposición del deseo según el espacio. Los espacios producen condiciones específicas de posibilidad para el deseo. Cada uno impone límites y ofrece recursos. Esta categoría articula la tensión entre deseo y vigilancia homo y heteronormativa.
b) Estrategias de proximidad corporal	Son las prácticas mediante las cuales la cercanía física funciona como lenguaje erótico no verbal. Incluye roces “accidentales”, movimientos pélvicos, uso del pasamanos como “pretexto”, contacto a través de objetos (mochilas, chamarras, tubos), besos súbitos o aproximaciones progresivas.
c) Distribución diferencial de la masculinidad	Circulación y jerarquización de corporalidades masculinas como formas de capital erótico. Se observan diferencias marcadas entre cuerpos musculosos, robustos, delgados, “afeminados”, jóvenes o mayores.
d) Distinciones generacionales del deseo	La edad se constituye como eje estructurante del subcampo, afectando posiciones y estrategias. Hay diferencias en estilos de interacción entre jóvenes (mayor fluidez corporal, uso simultáneo de apps, circulación entre espacios) y hombres mayores (mayor aproximación directa, embriaguez en el club nocturno LGBTIQ+, insistencia ocasional). También se observan interacciones intergeneracionales (joven-mayor) donde la edad opera como diferencial de poder, experiencia o capital económico.
e) Erotización de la heterosexualidad declarada	La heterosexualidad funciona como capital simbólico erótico. El “riesgo” y la transgresión intensifican el deseo. Se aprecia que el régimen heterosexual no sólo reprime, sino que produce deseo. La masculinidad heterosexual opera como objeto privilegiado en el subcampo homoerótico.

Resultados

En términos generales, las observaciones dan cuenta de que el ejercicio y la gestión del deseo entre varones no es espontánea ni caótica, sino que está organizada por códigos corporales, jerarquías de masculinidad, regulaciones espaciales y tecnologías de señalización que producen un subcampo homoerótico urbano con reglas propias. A partir del análisis, se apunta a que dichos encuentros en contextos periféricos se sostienen sobre un conjunto de disposiciones corporales y códigos prácticos compartidos que permiten a los participantes interpretar señales, gestionar su presencia en el espacio y evaluar oportunidades de interacción. El deseo se despliega como una coreografía, es decir, como una serie de movimientos corporales coordinados —a veces en pares, a veces colectivamente— que siguen reglas implícitas. A continuación, se

explican con mayor detalle las categorías emergentes de la Tabla 1.

a) *Regímenes de visibilidad y clandestinidad*

Las interacciones homoeróticas observadas varían según los regímenes de visibilidad que cada espacio produce y administra. El deseo entre varones no se expresa del mismo modo en el vagón del metro que en el baño de vapor o en las cabinas de la *sex shop*; cada escenario configura condiciones específicas para mostrar, ocultar o modular la exposición del cuerpo y del contacto.

En el metro, la visibilidad es ambigua y frágil. El contacto ocurre en espacios abiertos, transitados y potencialmente vigilados, pero amparado en la coartada estructural del hacinamiento. La clandestinidad no ocupa oscuridad, sino ambivalencia. Cuando un varón toca a otro “utilizando como pretexto sujetarse de un pasamanos” (Nota_Metro_23/ene/26), el gesto puede sostenerse bajo la idea de que posiblemente fue algo accidental. En correspondencia, el otro sujeto coloca su chamarra estratégicamente para cubrir el movimiento de la mano. Con esto no sólo oculta, sino que produce una zona de invisibilidad dentro de la visibilidad total.

Asimismo, cuando se inician interacciones más intensas – besos, roces pélvicos – otros usuarios tienden a reacomodarse generando una doble operación: amplían su campo visual hacia la escena y, simultáneamente, crean una barrera frente a terceros. El vagón se reorganiza momentáneamente en torno al deseo, pero sin convertirlo en espectáculo explícito. Se configura una clandestinidad colectiva, una visibilidad parcial que protege y observa a la vez. Ciertas presencias en el vagón habilitan la disminución o aumento de interacciones visibles. Este patrón sugiere que la regulación no proviene únicamente de normas abstractas, sino de la composición del público.

En el club nocturno LGBTIQ+, en cambio, la visibilidad es pública pero codificada. La música alta, la iluminación y la disposición de mesas y pista permite la exhibición corporal, pero en un marco socialmente legible como “ocio nocturno”. El contacto entre varones puede desplegarse en la pista, aunque también hay escenas de jóvenes que intentan contener sus movimientos – evitar mover las caderas o brazos, por ejemplo –, lo cual indica que no toda visibilidad es equivalente. Se puede estar expuesto sin feminizar el gesto; se puede ser observado sin abandonar la compostura. Sobre todo, si se quiere proyectar un *performance* masculino.

Ahí, cuando un hombre mayor advierte el contacto entre jóvenes, decide regresar a su mesa riendo con sus acompañantes. No sólo reacciona ante la interacción, sino que su respuesta posiblemente se debe al grado de explicitud. El límite no es la existencia del deseo, sino su inscripción en la escena pública.

En la mesa del grupo inicial de cuatro hombres, dos de los integrantes se retiraron del lugar, dejando dinero para cubrir la cuenta. Los dos que permanecieron – incluido el hombre del pantalón blanco – modificaron su interacción: el acompañante comenzó a establecer contacto físico de manera

intermitente, tocándole los glúteos de forma discreta, ya fuera mediante abrazos simulados, manotazos leves o durante el baile. En uno de estos momentos, el hombre mayor que previamente había solicitado el encendedor se acercó nuevamente, esta vez con un vaso de alguna bebida alcohólica en la mano. Al percatarse del contacto físico entre los dos hombres, detuvo su avance, regresó a su mesa y dijo algo a sus acompañantes. Estos dirigieron la mirada hacia la mesa del hombre del pantalón blanco y rieron brevemente (Nota_Antro_may/25).

En los baños, el régimen cambia radicalmente. Desde el exterior, el establecimiento carece de letrero visible; la discreción comienza en la fachada. Su identificación depende de información previa obtenida en redes sociales o datos compartidos entre quienes saben de su existencia y la forma en que hay que desenvolverse ahí. Sin embargo, una vez ahí, la desnudez es predominante y las prácticas sexuales pueden desarrollarse en ciertas zonas relativamente abiertas como las regaderas. Aquí la clandestinidad no se define por la ocultación total, sino por la segmentación espacial.⁵ La primera sala es iluminada y conversacional; la sala de vapor es más oscura; las regaderas permiten exhibición. La oscuridad parcial de ciertas esquinas habilita encuentros más íntimos. El espacio distribuye grados de visibilidad: no todo se ve igual ni desde todos los puntos.

Pero incluso en un entorno donde se dan encuentros sexuales de manera más o menos visible, persisten regulaciones. Las interacciones penetrativas se concentran en las regaderas, no en la sala de vapor, donde las actividades de sexo oral son las predominantes. La arquitectura orienta la práctica. La clandestinidad se vuelve interna: no frente a la sociedad externa, sino entre zonas micro del mismo establecimiento.

En las cabinas de la *sex shop*, la visibilidad se mercantiliza. Un *flyer* en la red social "X" anuncia la temática del día (*Sport & nude*), y el ingreso tiene precios diferenciados según la vestimenta (desnudo total, únicamente uso de ropa interior o completamente vestido) y un creador de contenido es presentado como invitado. El deseo se tematiza y se publicita. Por otro lado, en el segundo nivel se ofrecen cabinas con puertas que pueden cerrarse desde adentro, mientras otras no. La elección entre área común y cabina cerrada constituye una decisión

⁵ "El acceso a la zona de vapores se realiza a través de una puerta de cristal de apertura central. Al cruzarla, se ingresa a una primera sala amplia, bien iluminada, que contiene regaderas, un jacuzzi y bloques de concreto que funcionan como asientos y camas. En una de ellas, se encontraba una persona ofreciendo masajes. En este espacio, la mayoría de los usuarios permanecía completamente desnuda, conversando en pequeños grupos o parejas. Al fondo de esta sala hay dos puertas. Al seguir a otro usuario por la puerta izquierda, accedí a una segunda sala, dedicada propiamente al vapor. Ésta es más pequeña y notablemente más oscura. Cuenta con ventanas pequeñas que permiten el paso de algo de luz, aunque una de las esquinas, cercana a la entrada, permanece en penumbra. El vapor es constante y el ruido de la llave dificulta, por momentos, escuchar con claridad las conversaciones. En esta sala observé a personas acostadas en el piso sin interacción aparente con otros. En el costado derecho hay una barra de concreto que funciona como asiento y que se prolonga en forma de L hacia otra puerta, la cual conduce al área de regaderas. Lo primero que hay en la zona de regaderas son asientos de concreto a los costados, formando un pasillo más o menos estrecho. Posteriormente hay tres cubículos abiertos con agua fría y caliente. Desde esta zona también se accede, por unas escaleras, a una segunda zona de regaderas en la parte superior, también sin puertas. En esta última, los asientos se encuentran frente a las regaderas, lo que permite a los usuarios sentarse a observar a quienes se bañan" (Nota_Vapor_25/ene/26).

sobre el grado de exposición que desean los sujetos que interactúan. En cierto momento, una interacción sexual se desarrolla en el área común con alternancia de participantes y observadores. La escena es visible, pero no todos se quedan a mirar, sino que se desplazan. La visibilidad aquí no es forzada, sino negociada.

Como se aprecia en la Tabla 2, en cada espacio se produce un tipo de régimen particular.

Tabla 2. Regímenes que orientan las interacciones sexuales en los sitios observados (Elaboración propia)

Espacio observado	Tipo de régimen
Metro	Clandestinidad en plena luz.
Club nocturno LGBTIQ+	Visibilidad festiva regulada por códigos de masculinidad principalmente.
Baños de vapor	Explicitación segmentada y espacialmente distribuida.
Cabinas de la <i>sex shop</i>	Exhibición con opción de privatización.

Como se verá en las próximas categorías, en cada espacio se definen las condiciones de legitimidad del contacto. El capital erótico puede activarse si se ajusta al grado de visibilidad permitido en ese subcampo. Sin embargo, también cabe apuntar a que la clandestinidad no es mera represión, también un recurso erótico. La posibilidad de ser visto – o de no serlo completamente – intensifica el deseo y organiza las coreografías. Así, la visibilidad no es binaria, sino un continuo administrado corporal y arquitectónicamente. El deseo masculino se mueve en esa franja intermedia donde mostrarse demasiado puede ser riesgoso, pero no mostrarse en absoluto impide el encuentro.

b) Estrategias de proximidad corporal

En los distintos escenarios observados, el deseo entre varones no emerge prioritariamente a través del lenguaje verbal, sino mediante una gramática corporal minuciosa, progresiva y situada. La proximidad física funciona como un dispositivo central de activación erótica, pero también como mecanismo de prueba, negociación y calibración del consentimiento.

En el último vagón del metro, por ejemplo, la cercanía no siempre responde a la saturación del espacio. En el trayecto de afluencia media, tres usuarios permanecen “muy próximos entre sí” pese a que existen áreas menos ocupadas. Un tercer usuario se colocó detrás del primero “aproximando su cuerpo (en particular la región pélvica) hacia él” (Nota_Metro_05/feb/26), mientras el segundo permaneció de frente sin retirarse. La ausencia de rechazo visible permitió que la escena se sostuviera durante varias estaciones. La proximidad no es accidental: es mantenida, ajustada y modulada. En otro trayecto (Nota_Metro_23/ene/26), un varón se aproxima “de manera gradual” a un joven situado en la esquina del vagón. El contacto se realiza bajo la cobertura de un pasamanos: el sujeto toca por detrás mientras aparenta buscar equilibrio. El

joven, lejos de apartarse, coloca su chamarra para ocultar el movimiento de las manos. El gesto no sólo encubre; también habilita la continuidad. La chamarra se convierte en mampara y cómplice.

De este modo, en el metro, los roces se sostienen en ciertas condiciones que posibilita el transporte. El hacinamiento provee una coartada plausible. Sin embargo, la repetición de movimientos pélvicos, la colocación estratégica de mochilas o el ajuste reiterado del cuerpo indican intencionalidad. El espacio masivo se convierte en un territorio táctil y fértil para las interacciones.

En el club nocturno LGBTIQ+, la proximidad adquiere otro ritmo. En una escena registrada (Nota_Antro_may/25), hay contactos en una de las mesas – “tocándole los glúteos de forma discreta”, ya sea mediante abrazos simulados o durante el baile– lo que parece mostrar un vínculo entre la socialización y la erotización. Los sujetos pueden recurrir a ciertas interacciones a la par que disfrutan el momento y el lugar. Aunque la música y el alcohol funcionan como dispositivos de desinhibición, el contacto sigue siendo dosificado.

A su vez, la proximidad comunica exclusión. En el club nocturno LGBTIQ+, cuando un hombre mayor advirtió la interacción entre dos jóvenes, detuvo su avance y regresó a su mesa. A diferencia de lo observado en el metro, en el vapor o en las cabinas de la *sex shop*, aquí la proximidad entre los sujetos no representó una invitación, sino, por el contrario, una barrera para indicar exclusividad.

En los baños, la proximidad se ritualiza. Sentarse cerca, colocar una mano sobre la rodilla del otro, permanecer en la barra de concreto en forma de “L”, observar desde los asientos frente a la regadera: todos son movimientos con diferentes manifestaciones eróticas. La desnudez generalizada no elimina la progresividad; por el contrario, lo intensifica. El acercamiento requiere secuencia, incluso en un espacio donde el cuerpo está expuesto. El no portar ropa y mostrar el cuerpo totalmente desnudo no se interpreta como un indicativo de acceso completo y sin por menores, sino que también requiere de formas de acercamiento específicas que funcionan y se activan en dicho sitio.

En las cabinas de la *sex shop*, como en el metro, hay interacciones en las áreas comunes que incentiva la formación de pequeños grupos donde los participantes alternan entre tocar, observar y esperar. Cuando en una interacción grupal en una de las zonas abiertas,⁶ el sujeto que protagoniza la escena se retira, el grupo se disuelve a menos que alguien pase a ocupar el lugar que ha sido dejado (Nota_Club_06/feb/26). La proximidad no es bilateral; puede ser grupal y los sujetos se van integrando según aceptación o rechazo. Incluso, aquellos que en ciertos momentos ocupaban el lugar protagónico de la interacción, pueden ser desestimados ante la presencia de otro sujeto con un capital más valorado.

6 “[En el segundo piso] había cerca de 16 cubículos o cabinas de cerca de 1 por 1.5 metros organizadas en los costados y en medio. Estaban construidos con tabla roca y contaban con puertas. En algunos casos, las puertas se podían cerrar, pero en otros no. Adentro de las cabinas había sillones o taburetes. Algunos de los cubículos contaban con luces al interior, pero otros no. En una de las esquinas del fondo se ubicaba un lugar de cerca de 2.5 metros por lado. Estaba completamente oscuro y para entrar había que cruzar una cortina negra que básicamente se trataba de una bolsa de plástico de dicho color. En la esquina contigua a esa sala se encontraba un espacio ‘abierto’ donde había un ventilador en el piso, sillones y una pantalla en la parte superior en la cual se reproducían videos porno gay. En algún momento de la estancia, pude notar que algunos de los videos correspondían a uno de los chicos que se encontraban en la recepción del lugar” (Nota_Club_06/feb/26).

Estas escenas permiten identificar que la proximidad corporal no es mera cercanía física, sino que hay estrategias y pautas de contacto. Cada gesto implica una apuesta y los sujetos procuran avanzar sin exceder el umbral que provoque rechazo explícito. Se avanza a tientos, con cautela. El consentimiento se lee en la permanencia del cuerpo, en la ausencia del desplazamiento, en la leve inclinación hacia atrás o adelante.

Estas prácticas apuntan a la incorporación de esquemas perceptivos que permiten a los sujetos interpretar señales en dichos espacios. La competencia no radica en hablar, sino en saber colocarse y acercarse. El capital práctico consiste en saber identificar el momento más oportuno para el roce y actuar de forma apropiada. El deseo no se declara: se ensaya y muestra corporalmente. El cuerpo pregunta antes de afirmar y la respuesta no siempre se pronuncia, sino que se sostiene – o se retira – con el movimiento.

c) Distribución diferencial de la masculinidad

Si la proximidad corporal constituye la gramática operativa del deseo, la masculinidad funciona como una de las principales monedas de intercambio. En los distintos escenarios observados, los cuerpos no circulan en condiciones de igualdad simbólica: se encuentran inscritos en una economía diferencial donde ciertos atributos – edad, musculatura, “varonilidad”, performatividad de género – adquieren mayor valor erótico que otros.

En el club nocturno LGBTIQ+, la entrada del grupo de cuatro hombres reorganizó inmediatamente el campo visual.⁷ Uno de ellos – alto, musculoso, con pantalón blanco ajustado y camiseta sin mangas – concentró miradas sostenidas. Su cuerpo era visible incluso cuando sus movimientos fueron limitados; evitaba “mover las caderas o realizar gestos amplios con los brazos” (Nota_Antro_may/25). La contención corporal no reduce su centralidad, sino que la potencia. La masculinidad aquí se *performa* como control: no exagerar, no feminizar el movimiento y sostener la postura. El capital corporal se combina con autocontrol.

En contraste, un joven descrito como de gestualidad “afeminada” permaneció solo consumiendo una bebida no alcohólica hasta que se aproximó a una mesa de hombres mayores. Su incorporación al grupo no ocurrió por ocupar un lugar central, sino por su desplazamiento estratégico. La masculinidad no hegemónica no desaparece del campo, pero ocupa posiciones menos privilegiadas y requiere otras tácticas de inserción.

[Un] hombre de cerca de 50 años solicitó al mesero una botella de alcohol acompañada de refrescos. Esta acción fue observada por un joven que se encontraba cerca. Este último parecía tener alrededor de 20 años, era de baja estatura, delgado y de piel clara. Su expresión corporal y gestual difería de la de otros asistentes del lugar y podría considerarse afeminada. Se encontraba

⁷ “Poco después de las 11 de la noche, ingresó un grupo de cuatro hombres que fue ubicado por el personal en una mesa situada al centro del salón, en un punto visible desde distintos ángulos del espacio. A simple vista, los integrantes del grupo parecían tener entre 25 y 30 años” (Nota_Antro_may/25).

solo consumiendo una bebida no alcohólica. Posteriormente, se acercó a la mesa de los hombres mayores y pidió un cigarro. Tras un intercambio breve de gestos y palabras, fue invitado a sentarse con ellos y compartir las bebidas (Nota_Antro_may/25).

En los baños de vapor, la diversidad corporal es más visible dada la desnudez: cuerpos delgados, robustos y obesos conviven en los diferentes espacios. Sin embargo, se observa que “quienes tenían cuerpos más robustos tendían a permanecer como observadores o a realizar acercamientos que en su mayoría no eran correspondidos” (Nota_Vapor_25/ene/26). La desnudez generalizada no elimina la jerarquía; no porque todos los sujetos no porten ropa o sólo se cubran con la toalla hay una suerte de igualdad de condiciones, sino que hay una configuración que redistribuye la gradualidad. La musculatura trabajada en el gimnasio es escasa, pero cuando aparece, concentra atención. El capital erótico no depende únicamente del desnudo, sino de su inscripción en imaginarios de masculinidad deseable.

En el metro, la economía de la masculinidad adquirió otra tonalidad. La erotización de la “varonilidad” emergió explícitamente en la conversación telefónica de un joven que afirmó bloquearse si alguien “dice que es gay”, pero cuyo cuerpo “reacciona” cuando le informan que tiene novia (Nota_Metro_may/25). La heterosexualidad declarada opera aquí como capital simbólico. No se desea simplemente un cuerpo masculino, sino un cuerpo inscrito en el régimen heterosexual. La masculinidad hegemónica –acaso por su aparente inaccesibilidad– incrementa su valor. Esto se describirá con mayor detalle en la siguiente categoría.

En las cabinas de la *sex shop*, la tematización del evento (*Sport & nude*) anunciada en uno de los *flyers* disponibles en la red social “X” refuerza una estética corporal específica: juventud, desnudez atlética y disponibilidad física. La presencia de un creador de contenidos para adultos anunciado como “invitado” establece el capital corporal como atractivo mercantil. El cuerpo musculoso es deseable y promocionable.

Lo que estas escenas muestran es que la masculinidad no es una categoría homogénea, sino un recurso diferencial que circula con valores variables según el sitio. Siguiendo una lectura bourdieuana, puede hablarse de un capital corporal erótico cuya rentabilidad depende la musculatura y la performatividad “varonil”, las cuales tienden a ocupar posiciones dominantes, pero nunca absolutas o únicas. La masculinidad se negocia, se exhibe, se oculta o se erotiza diferencialmente. El deseo no circula en un terreno plano: lo hace en un mercado simbólico donde no todos los cuerpos valen lo mismo, y donde el reconocimiento mutuo depende de la capacidad de leer –y encarnar– los códigos de esta jerarquía.

El espacio homoerótico no suspende la jerarquía de género, sino que la reconfigura internamente. La masculinidad tradicional –asociada al autocontrol, la heterosexualidad presunta, la moderación gestual– es objeto privilegiado

del deseo, incluso en prácticas que subvierten el mandato heterosexual. La feminidad masculina, aunque visible y activa, suele ocupar posiciones laterales o requerir estrategias adicionales para buscar algún grado de participación.

e) Distinciones generacionales del deseo

La edad aparece como un elemento perceptible en las interacciones y lecturas corporales. Las diferencias de edad se manifiestan en escenas específicas donde los cuerpos son observados, interpretados o evitados a partir de esa distinción. Una de las escenas más claras se registró en el metro (Nota_Metro_may/25) donde se observó la interacción entre un joven recargado en la puerta del vagón y un hombre de aproximadamente 50 años que abordó en una estación inmediata. El hombre mayor se colocó a poca distancia y comenzó a dirigir miradas intermitentes hacia el joven, acompañadas de pequeños ajustes corporales –acomodarse el cinturón, el cierre o los lentes– que se repitieron durante el trayecto. En un momento, el joven levantó la vista del teléfono y sonrió brevemente, coincidiendo con la mirada del hombre mayor. Sin embargo, cuando éste redujo la distancia corporal, el joven respondió desplazándose hacia el costado para apartarse y abandonar el vagón en la siguiente estación. Al descender, el hombre mayor le gritó: “¡Pinche chamaco, pendejo!”. La diferencia generacional puede convertirse en un marco de lectura inmediato del encuentro, donde la figura del “chamaco” aparece nombrada explícitamente por el hombre mayor en el momento de frustración de la interacción.

Las notas también registran espacios donde grupos de edad diferenciados coexisten en un mismo ambiente, generando observaciones y acercamientos puntuales. En el club nocturno LGBTIQ+ estaba presente un grupo de hombres que aparentaban entre 25 y 30 años, entre los cuales destacaba uno de complexión musculosa que vestía un pantalón blanco ajustado y camiseta sin mangas. Cerca de ellos se encontraba otro grupo compuesto por hombres de entre 45 y 50 años que conversaban y bebían. En un momento, uno de los hombres mayores –que mostraba signos visibles de embriaguez– se acercó a la mesa de los jóvenes para pedir un encendedor al hombre del pantalón blanco. Tras un breve intercambio gestual, el joven negó tenerlo y el hombre regresó a su mesa.

Posteriormente, cuando este mismo hombre pidió una botella de alcohol, un joven de alrededor de 20 años que se encontraba solo se aproximó a su mesa para pedir un cigarro y fue invitado a sentarse con el grupo. La secuencia muestra cómo las aproximaciones entre edades pueden producirse mediante pretextos cotidianos –encendedores, cigarros, bebidas– que habilitan breves interacciones. Además, que ciertos capitales son intercambiables; en este caso, el consumo y capital económico de los hombres mayores compensó ciertas barreras atribuidas a su edad en dicho contexto.

En el vapor también aparecieron referencias a la edad como elemento observable. Durante la espera⁸ para ingresar al área de vapor, se aproximaron

⁸ “Al final del pasillo se encuentra un área atendida por varios trabajadores jóvenes. Ahí entregué el boleto y se me preguntó si prefería locker o cubículo. A partir de información leída previamente en redes sociales sobre robos en lockers, opté por solicitar un cubículo. En ese momento no había disponibilidad, por lo que me

dos hombres: uno mayor de 60 años, apoyado en un bastón, y otro de aproximadamente 40 o 45. Ambos conversaban sobre dificultades de pareja del segundo. El hombre mayor respondió en voz alta: “¡Ah, pero querías andar con novio, ¿no?”, lo cual fue recibido con una risa breve del interlocutor. La escena introduce la presencia de diferencias trayectorias etarias en el mismo espacio, incluso antes de entrar a las áreas donde ocurre los encuentros. En el vapor, la mayoría de los usuarios parecían tener entre 30 y 40 años, mientras que los hombres de mayor edad se concentraban en la primera sala.⁹ Esta distribución sugiere que la circulación dentro del espacio puede organizarse parcialmente por rangos de edad, produciendo zonas donde ciertos grupos etarios se vuelven más visibles que otros.

Las diferencias generacionales también aparecen en conversaciones entre usuarios jóvenes. En una de ellas, dos hombres de aproximadamente 20 y 22 años comentaban estrategias para interactuar con otros asistentes, mientras hablaban sobre encuentros previos dentro del lugar. La conversación revela formas de aprendizaje y transmisión de saberes situados entre sujetos de edad similar, centrados en cómo atraer la atención de otros hombres.

En distintos trayectos del metro se registraron (Nota_Metro_may/25; Nota_Metro_23/ene/26) presencias aisladas de varones cercanos a los 50 años que permanecen en el vagón observando el entorno o utilizando el celular. Tras el ingreso de uno de estos varones al vagón, algunos pasajeros se desplazaron gradualmente hacia otras zonas, generando un espacio de menor ocupación alrededor del sujeto, sin que se observaran emparejamientos durante el trayecto.

En la estación “X” abordó un varón de aproximadamente 50 años. Vestía ropa a modo juvenil, con gorra, bermudas y playera de manga corta. Se ubicó en la entrada del vagón. En el transcurso del viaje, el hombre en cuestión intercalaba su mirada entre lo que ocurría en el vagón y su celular. En algún momento, cerca del punto en que descendió, se escuchó un sonido de “Tap” lo que parece indicar que venía usando la aplicación de “Grindr”. Pude notar cómo algunos sujetos se apartaron de esa ubicación y se acomodaron en otros espacios, sin necesariamente hacerlo con la intención de bajar en próximas estaciones (Nota_Metro_23/ene/26).

Las interacciones registradas no conforman un patrón único, pero evidencian situaciones donde la diferencia generacional interviene en las aproximaciones,¹⁰

asignaron un número de espera (55) en un papel pequeño. Mientras esperaba, pude identificar la ubicación de la sala de vapor, los sanitarios y una barra donde se venden bebidas (con y sin alcohol) y alimentos como tortas. Algunos usuarios se acercaban directamente a la barra para comprar algo, mientras que otros pedían a los trabajadores que llevaran sus pedidos. En varias ocasiones escuché que los empleados gritaban dentro de la sala de vapor los pedidos para que los solicitantes se acercaran a recogerlos. En este lapso, observé un flujo constante de personas que salían del vapor hacia los cubículos y viceversa. Los usuarios circulaban únicamente con una toalla enredada en la cintura; no observé el uso de otra prenda. Incluso, algunos llevaban la toalla sobre el hombro al desplazarse” (Nota_Vapor_26/ene/25).

⁹ Ver nota al pie número cinco.

¹⁰ En el diario de campo se hizo la siguiente nota reflexiva: “¿Acaso se está actuando de modo estratégico para evitar la interacción con el hombre? ¿O se está intentando evitar una suerte de ‘contagio del estigma’? Es decir, ¿evitaban acercarse a este sujeto de 50 años ya que, al encontrarse cerca de él, también se inhibía que otros

en la formación de grupos en el espacio y en las conversaciones entre los propios usuarios. Estas escenas permiten observar cómo el deseo y las posibilidades de interacción se despliegan en un entorno donde las edades de los participantes son percibidas, nombradas o inferidas en los encuentros.

f) Erotización de la heterosexualidad declarada

En uno de los sitios hubo una referencia explícita a relaciones heterosexuales en la conversación sobre el deseo entre varones. Durante una plática por teléfono en el metro, un hombre describió sus preferencias al momento de interactuar con otros varones. En el intercambio verbal afirmó que cuando un hombre que le resulta atractivo declara abiertamente que es gay, su reacción cambiaba: “Si un hombre se me acerca y se ve varonil, pero se le ocurre decirme que es gay, de inmediato me bloqueo... ¡Ajá, sí! o sea, siento que no tienes que ir por la vida diciendo tu rol sexual”¹¹ (Nota_Metro_may/26).

En el mismo relato, el interlocutor narró una situación reciente en un espacio de consumo de alcohol (“las miches”). Según su descripción, inició conversación con otro hombre y le cuestionó por su situación sentimental: “Le pregunté ‘¿y eres casado, con pareja o qué?’. Y él me dijo: ‘tengo novia’... ¡Ajá, sí!, que tenía novia me dijo”. La reacción que describió posteriormente introduce un elemento central: “Y pues esos son de mis favoritos –ríe ligeramente–. Como que cuando me dicen eso, mi cuerpo reacciona. Ha de ser la adrenalina o algo de eso, ¿no?” (Nota_Metro_may/26). En este fragmento, la afirmación de tener una novia no aparece como un obstáculo para el interés erótico; por el contrario, es interpretada como un rasgo que incrementa la atracción. La reacción corporal que describe (“mi cuerpo reacciona”) se asocia directamente con la información recibida sobre la relación heterosexual del otro hombre.

La escena también sugiere una distinción en la forma en que el narrador interpreta diferentes declaraciones identitarias. Mientras la autoidentificación explícita como gay genera un “bloqueo”, la referencia a una relación heterosexual produce la reacción opuesta. Esta diferencia aparece narrada como una experiencia corporal inmediata, más que como una reflexión elaborada. Lo anterior parece indicar que la referencia a vínculos heterosexuales puede adquirir un significado erótico particular en algunos sujetos. La mención a una novia se convierte en un elemento narrativo que forma parte de la construcción del atractivo del otro, tal como lo expresa el propio interlocutor al afirmar que esos hombres “son de mis favoritos”. La atracción se articula, en este caso, alrededor de hombres que representan o son interpretados como heterosexuales, y ese es un factor que intensifica el interés.

quisieran acercarse a este sitio?” (Nota_Metro_23/ene/26).

¹¹ Aquí el sujeto parece asociar la declaración de la identidad gay con un rol sexual específico (la pasividad o preferencia por la receptividad durante los encuentros sexuales). Existe una suerte de encadenamiento donde se asume que los varones que reconocen gays tienden a dichas posiciones, mientras que aquellos que no emplean dicha etiqueta para identificarse son hombres con un rol activo o insertivo.

Discusión

Al examinar las dinámicas homoeróticas en la periferia urbana de la Ciudad de México, este estudio contribuye a ampliar la comprensión de las sociabilidades sexuales masculinas en contextos urbanos latinoamericanos, mostrando cómo el deseo entre hombres se organiza a través de formas de reconocimiento tácito, prácticas corporales situadas y usos específicos del espacio. Estos resultados desafían algunas nociones tradicionales sobre la sexualidad masculina y sugiere que, en lugar de centrarse en identidades sexuales fijas, el deseo se articula como una práctica flexible, negociada y performativa (Butler, 2007; Foucault, 1990). El análisis inductivo de las notas de campo sugiere que las interacciones homoeróticas entre varones en distintos espacios de la zona periférica de la Ciudad de México no se organizan principalmente en torno a identidades sexuales explícitas, sino a través de un conjunto de prácticas situadas de lectura corporal, proximidad espacial y negociación tácita. Este hallazgo se vincula con estudios previos sobre sexualidad en espacios públicos, como los de Humphreys (1970) y Lindón (2020), quienes documentan cómo los encuentros sexuales entre hombres en estos contextos no requieren necesariamente la afirmación explícita de una identidad gay. La ausencia de un marcado discurso de identidad es, en este caso, un recurso para posibilitar la transgresión en espacios regidos por normas heteronormativas.

En línea con estos hallazgos, las observaciones muestran que los encuentros homoeróticos se estructura mediante micropolíticas de interacción corporal que permiten a los participantes explorar la posibilidad del contacto sin recurrir necesariamente a declaraciones verbales explícitas (Ver Figura 1). Las miradas intermitentes, los cambios sutiles de posición, las aproximaciones graduales o los desplazamientos en el espacio son recursos que dan cuenta de una gestión del deseo que sigue las lógicas de la ambigüedad y el anonimato. Este patrón de conecta directamente con lo que Goffman (1979) describe en cuanto a la organización de la interacción en espacios públicos, donde los sujetos manejan la proximidad y la atención mediante gestos mínimos y sin un compromiso explícito.

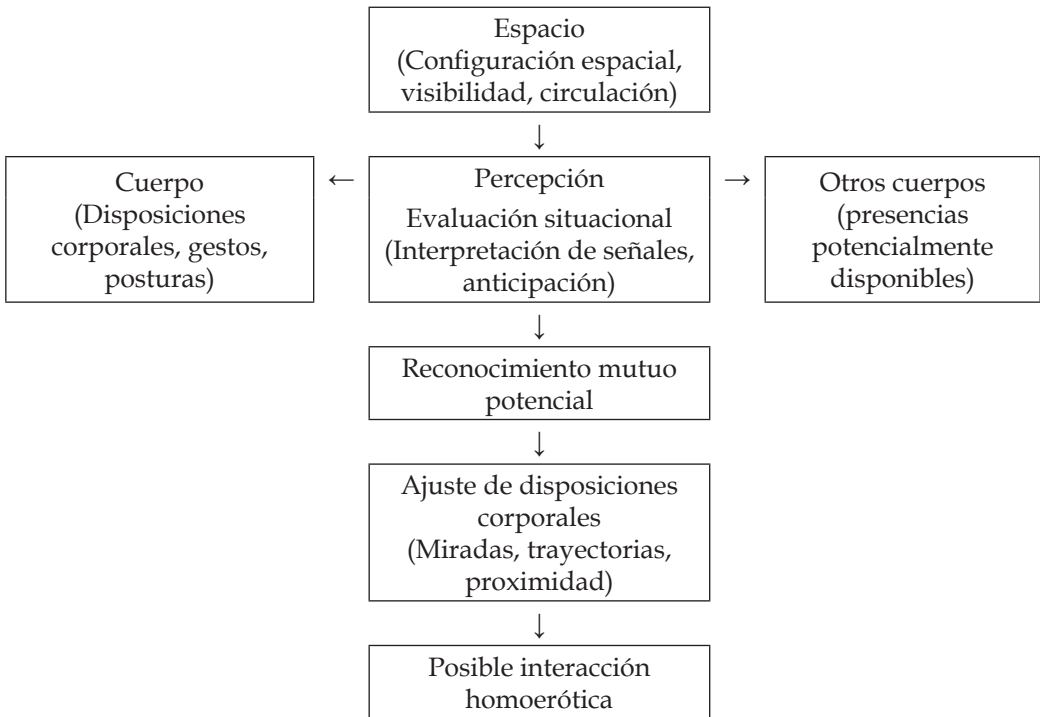


Figura 1. Proceso del reconocimiento homoerótico (Elaboración propia)

Otro patrón relevante observado es la centralidad del cuerpo como principal medio de comunicación en el proceso de reconocimiento mutuo. Los cuerpos no sólo funcionan como superficies de observación, sino como instrumentos de interacción dentro de un repertorio compartido de señales corporales. Este hallazgo resuena con los trabajos de Goffman (1979) y con las ideas sobre performatividad de Butler (2007), que enfatizan cómo las identidades de género y sexuales son producidas y reproducidas a través de actos reiterados en la interacción. Las posturas, movimientos y exposiciones parciales del cuerpo se convierten en formas de gestión del consentimiento, un concepto clave en la teoría *queer* (Sedgwick, 1998), que cuestiona la rigidez de las categorías de identidad y resalta el carácter fluido de las prácticas sexuales.

Asimismo, las interacciones observadas en el metro, en los baños o en el club nocturno LGBTIQ+ muestran cómo la materialidad de los espacios urbanos incluye en la posibilidad del encuentro. Los puntos de contacto en estos lugares –como las puertas del vagón, las regaderas, las bancas o las mesas– se convierten en escenarios de acción donde los cuerpos se cruzan y las miradas pueden sostenerse. Este tipo de interacción pone de relieve lo que Lefebvre (1991) y Soja (1996) describe como la producción social del espacio, donde la estructura física de los entornos urbanos organiza, facilitan o limitan las formas de sociabilidad y deseo. En cuanto a las diferencias generacionales, el estudio revela interacciones entre hombres de distintas edades, lo que sugiere que el encuentro homoerótico no ocurre sólo entre sujetos homogéneos, sino

que coexisten distintas trayectorias corporales y experiencias dentro del mismo espacio.

Los hallazgos de este estudio refuerzan la idea de que el deseo no se manifiesta simplemente como una disposición individual, sino como un proceso relacional que emerge en la interacción situada entre cuerpos, espacios y normas sociales. La noción bourdieuana de *habitus* resulta clave para entender cómo los gestos mínimos, los desplazamientos y las pausas corporales no son espontáneos, sino comportamientos aprendidos que los participantes reconocen y reproducen en estos espacios. Este concepto permite interpretar por qué ciertos gestos adquieren significados para los participantes, incluso cuando no existe comunicación verbal explícita. El *habitus* funciona aquí como una forma de socialización espacial que organiza la interacción y permite que el deseo se articule en estos espacios.

En este sentido, la noción de *illusio* de Bourdieu (2007), entendida como la creencia compartida en las reglas implícitas de un juego social, también es útil para explicar cómo los participantes comparten un sentido común que facilita el juego interactivo. Los participantes en estos encuentros parecen estar involucrados en un juego de evaluación corporal donde las reglas, aunque no expresadas verbalmente, son reconocidas y aceptadas. La *illusio* ayuda a explicar por qué estos encuentros pueden seguir reglas tácitas que permiten la interacción y la exploración del deseo sin un compromiso explícito.

Al igual que los estudios de Humphreys (1970), las observaciones aquí presentadas muestran cómo las interacciones homoeróticas puede desarrollarse mediante repertorios corporales y señales mínimas que permiten evaluar la disponibilidad del otro. Este tipo de interacción resalta la ambigüedad performativa del deseo, un concepto que se conecta con las investigaciones recientes sobre la fluidez sexual y las prácticas de *cruising* en la Ciudad de México (Rojas, 2016; Lindón, 2020; Cruz, 2024). De manera similar, estos patrones se alinean con investigaciones sobre encuentros sexuales en espacios públicos que destacan el anonimato y la ausencia de identidades fijas como condiciones que permiten la exploración sexual (Humphreys, 1970; Núñez, 2015).

Los hallazgos de este estudio también aportan elementos que amplían lo documentado en investigaciones sobre dinámicas similares que aparecen en espacios ciudadanos de circulación urbana, como el metro (Galindo y Torres, 2018; Hernández, 2016a/2016b; Nava, 2019; Arias, Hernández y Toriz, 2025). Esto sugiere que los repertorios de reconocimiento corporal asociados con el encuentro homoerótico pueden desplegarse en contextos más amplios de la vida urbana, más allá de los sitios tradicionalmente identificados. Este estudio también contribuye a la literatura sobre prácticas sexuales en espacios urbanos (Galindo y Torres, 2018; Arias, Hernández y Toriz, 2025) mostrando cómo los repertorios de interacción – reconocidos y reproducidos en espacios periféricos como el metro o los baños públicos – también se pueden desplegar en lugares más amplios de la vida urbana. Los hallazgos documentan una forma de sexualidad en espacios cotidianos, mucho más allá de los puntos de encuentro

tradicionales, y reflejan la flexibilidad con la que el deseo se organiza en la vida urbana.

Conclusiones

En este artículo se ha analizado cómo se configuran las disposiciones, prácticas corporales y espaciales que permiten reconocer, evaluar y, eventualmente, activar la posibilidad de un encuentro homoerótico entre hombres en espacios de la periferia urbana de la Ciudad de México. Los resultados de este estudio han mostrado que dichas interacciones no se producen de manera espontánea o caótica, sino que se sostienen sobre un conjunto de disposiciones prácticas, tecnologías corporales de señalización y formas situadas de reconocimiento mutuo que permiten la coordinación entre desconocidos.

El análisis de las interacciones observadas muestra que éstas se organizan mediante un régimen de atención corporal y espacial codificado en el que gestos mínimos —como miradas, desplazamientos, pausas o formas específicas de ocupar el espacio— adquieren un valor comunicativo fundamental. Este hallazgo pone de manifiesto que las prácticas no son una simple ausencia de normas, sino que existen órdenes prácticos aprendidos corporalmente, lo cual permite a los participantes orientarse en un espacio de posibilidades eróticas. En este sentido, las interacciones homoeróticas no se definen por categorías fijas, sino que se configuran de manera performativa y relacional, donde la identidad y deseo se producen a través de prácticas situadas, como se observa en el concepto de *habitus* (Bourdieu, 2007) y performatividad de género (Butler, 2007).

Uno de los aportes centrales del estudio es su enfoque en las dinámicas de sociabilidad sexual en espacios periféricos de la ciudad. Aunque de la literatura sobre sociabilidades homoeróticas ha tendido a centrarse en barrios gays consolidados o en zonas específicamente orientadas a la población LGBTIQ+, los hallazgos presentados sugieren que, en las periferias urbanas, también se configuran escenarios eróticos con formas particulares de interacción. Estos espacios no siempre están explícitamente destinados a la sociabilidad sexual, pero se convierten en lugares donde los sujetos pueden producir espacios relacionales efímeros.

Es crucial comprender que los encuentros entre varones en estos contextos no deben considerarse como una práctica marginal o residual, sino como una forma social que articula espacialidad, corporalidad y deseo. De este modo, el estudio aporta elementos para comprender cómo se producen y negocian las sexualidades en contextos urbanos donde la visibilidad, el anonimato y la regulación social coexisten de manera ambivalente.

Como todo estudio, esta investigación presenta ciertas limitaciones. En primer lugar, el trabajo se basa en observaciones realizadas en espacios específicos y periodos determinados, lo que implica que las dinámicas descritas corresponden a una configuración particular. Es decir, los hallazgos deben entenderse como producciones situadas dentro de una ecología espacial y social

concreta. Por lo tanto, las prácticas de sociabilidad sexual entre hombres pueden variar significativamente según el tipo de espacio, las regulaciones del lugar y las características de los usuarios. En segundo lugar, la metodología empleada privilegia el análisis de las prácticas visibles y las interacciones situadas, lo cual limita el acceso a las interpretaciones subjetivas de los participantes. Para futuras investigaciones sería valioso complementar este tipo de análisis con entrevistas en profundidad o relatos biográficos que permitan explorar con mayor detalle las trayectorias, motivaciones y autoidentificaciones de los participantes (Gagnon y Simon, 1973). Además, es importante reconocer el carácter parcial y situado del punto de vista del investigador en el campo, un aspecto inherente a toda etnografía.

Este estudio también apunta a nuevas líneas de investigación. En primer lugar, sería relevante explorar cómo varían las tecnologías corporales de reconocimiento y señalización en otros tipos de espacios de encuentro entre hombres. En un contexto contemporáneo, la expansión de las aplicaciones móviles de geolocalización ha transformado las formas de contacto sexual entre desconocidos, por lo que un análisis comparativo entre interacciones mediadas digitalmente y encuentro situados podría proporcionar información valiosa sobre las continuidades y transformaciones de estas prácticas (Gómez, 2019; Lemos, Souza y Pereira, 2019; Parra y Obando, 2019; Caballero, 2021). Otra línea importante de investigación consistiría en estudiar los cambios en las políticas urbanas, en los regímenes de vigilancia y en las formas de regulación de estos espacios. La evolución de estas condiciones puede alterar significativamente el modo en que se desarrollan las interacciones sexuales en espacios públicos. Un enfoque histórico y etnográfico permitiría situar los hallazgos de este estudio dentro procesos más amplios y dinámicos.

En conclusión, este trabajo contribuye a una comprensión más amplia de las dinámicas homoeróticas en la periferia urbana de la Ciudad de México, mostrando cómo el deseo se articula mediante prácticas situadas que se desarrollan en interacción con el espacio y el cuerpo. Este estudio resalta la importancia de los gestos mínimos, la corporalidad y la espacialidad como medios clave para la negociación del deseo. A su vez, abre la puerta a nuevas investigaciones sobre la fluidez sexual y el impacto de las nuevas tecnologías en las prácticas de sociabilidad sexual.

Referencias

- Arias, O., Hernández, L. y Toriz, J. (2025). "Deseo fuera de control": prácticas homoeróticas, ética pública y resignificación del espacio en el Metro de la Ciudad de México. *El Búho Gaceta Electrónica de la Facultad de Derecho UNAM*, (111), 6-6.
- Boivin, R. (2013). De cantinas, vapores, cines y discotecas. Cambios, rupturas e inercias en los modos y espacios de homosocialización de la Ciudad de México. *Revista latino-americana de geografía e género*, 4(2), 118-133. <https://doi.org/10.5212/rlagg.v.4.i2.118133>
- Boivin, R. (2016). De gueto a barrio gay. Chueca en los medios de comunicación (1960-2010). *Espacialidades. Revista de temas contemporáneos sobre lugares, política y cultura*, 6(1), 105-141.
- Bourdieu, P. (1990). Algunas propiedades de los campos. En: P. Bourdieu, *Sociología y cultura* (pp. 135-141). Grijalbo y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Bourdieu, P. (2000). Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social. En: P. Bourdieu, *Poder, derecho y clases sociales* (pp. 131-164). Desclée de Brouwer.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Siglo XXI.
- Brown, G. (2008). Ceramics, clothing and other bodies: Affective geographies of homoerotic cruising encounters. *Social & Cultural Geography*, 9(8), 915-932. <https://doi.org/10.1080/14649360802441457>
- Browne, K. y Nash, C. (2010). *Queer Methods and Methodologies*. Ashgate.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós Ibérica.
- Caballero, A. (2021). Masculinidades virtuales. Un estudio comparado del cuerpo gay a través de Grindr y Tinder. *Estudios LGBTIQ+, Comunicación y Cultura*, 1(1), 91-101. <https://doi.org/10.5209/eslg.75394>
- Cruz, S. (2024). Noche y oscuridad en la caza de sexo gay. *Alteridades*, 34(68), 37-48. <https://doi.org/10.24275/hhmv6096>
- Damián, L. (2021). Arquitecturas, cuerpos y poder: reflexiones teóricas sobre el trazado de cartografías sexuales urbanas. *Revista interdisciplinaria de estudios de género de El Colegio de México*, 7. <https://doi.org/10.24201/reg.v7i1.611>
- Emerson, R, Fretz, R. y Shaw, L. (2011). *Writing Ethnographic Fieldnotes*. University of Chicago Press.
- Fernández, B. (2025). *Cruisingrafía: cartografías del deseo y exclusión en el espacio público de Quito* [Tesina para obtener el título de Especialización en Género, Violencia y Derechos Humanos]. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador, Ecuador.
- Foucault, M. (1990). *Historia de la sexualidad. Volumen 1. La voluntad de saber*. Siglo XXI.
- Gagnon, J. y Simon, W. (1973). *Sexual Conduct: The Social Sources of Human*

Sexuality. Aldine.

- Galindo, J. L. y Torres, C. (2018). Diálogo de miradas. Un acercamiento al "metro" como orden interactivo. *Sociológica*, 33(93), 319-353.
- Glaser, B. y Strauss, A. (1967). *The Discovery of Grounded Theory. Strategies for Qualitative Research*. Aldine.
- Goffman, E. (1979). *Relaciones en público. Microestudio del orden público*. Alianza.
- Gómez, I. (2019). Grindr y la masculinidad hegemónica: aproximación comparativa al rechazo de la feminidad. *Estudios sociológicos*, 37(109), 39-68. <https://doi.org/10.24201/es.2019v37n109.1644>
- Hammersley, M. y Atkinson, P. (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*. Paidós.
- Hernández, J. O. (2016a). "El último vagón". *El metro de la Ciudad de México: Heterotopías y prácticas homoeróticas* [Tesis para optar al grado de Maestro en Psicología Social de Grupos e Instituciones]. Universidad Autónoma Metropolitana, Ciudad de México, México.
- Hernández, J. O. (2016b). El último vagón. El metro de la ciudad de México: Heterotopías y prácticas homoeróticas. *Revista del Laboratorio Iberoamericano para el Estudio Sociohistórico de las Sexualidades*, (3), 209-227. <https://doi.org/10.46661/relies.4955>
- Hubbard, P. (2001). Sex zones: Intimacy, citizenship and public space. *Sexualities*, 4(1), 51-71. <https://doi.org/10.1177/136346001004001003>
- Humphreys, L. (1970). *Tearoom Trade*. Aldine.
- Kokalov, A. (2021). *El espacio urbano queer en Latinoamérica*. Edicions de la Universitat de Lleida.
- Langarita, J. A. (2013). Apropiaciones furtivas de espacios públicos: Intercambio sexual anónimo entre hombres en el entorno urbano. *Quaderns-e de l'Institut Català d'Antropologia*, 18(1), 99-113.
- Langarita, J. A. (2014a). Rituales de interacción sexual entre hombres. Una propuesta de análisis del discurso y de la práctica del sexo anónimo. *Gazeta de Antropologia*, 30(2). <https://doi.org/10.30827/digibug.33809>
- Langarita, J. A. (2014b). Sexo y anonimato. Notas sobre los participantes en encuentros sexuales entre hombres en espacios públicos. *Disparidades. Revista de Antropología*, 69(2), 349-368. <https://doi.org/10.3989/rdtp.2014.02.005>
- Lefebvre, H. (1991). *El derecho a la ciudad*. Icaria.
- Lemos, R., Souza, A. y Pereira, R. (2019). Por defesa: discussões sobre produções de corpos no app Grindr. *Lúdica Pedagógica*, 1(29), 1-20.
- Lindón, A. (2020). La dimensión imaginaria de la vida cotidiana: la aventura del viaje placentero en la Ciudad de México. *Cultura y representaciones sociales*, 15(29), 177-201.
- Martín, I. (2010). Visibilidad de la comunidad gay y lesbica en el espacio público de la Ciudad de México: la Zona Rosa. *Revista Digital Universitaria*, 11(9), 1-13.
- Maton, K. (2014). Habitus. En: M. Grenfell (ed.), *Pierre Bourdieu. Key Concepts*

- (pp. 48-64). Routledgem.
- Nava, A. (2019). Interacción, construcción del espacio social y sexualidad en el Metro de la Ciudad de México. *Revista Brasileira de Estudos Urbanos e Regionais*, 21, 524-545.
- Núñez, G. (2015). *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*. PUEG/ IIS/CIAD.
- Parra, L. y Obando, A. (2019). De armarios virtuales a campos digitales de exterminio: interseccionalidad de Grindr fábrica de gaycidad chilena. *Comunicación y medios*, 28(40), 98-113.
- Pazos, M. y Giraldo, S. (2021). Putos, liberales y arrechos: reflexiones etnográficas sobre el deseo homoerótico entre hombres en una sala de videos porno en Pereira, Colombia. *Revista Colombiana de Antropología*, 57(1), 163-187. <https://doi.org/10.22380/2539472x.1221>
- Reyes, J. (2015). Encuentros sexuales, espacios escolares y heteronorma. *Cuerpo, Cultura y Movimiento*, 5(2), 157-170. <https://doi.org/10.15332/s2248-4418.2015.0002.01>
- Rojas, L. A. (2016). Cruising: la apropiación fortuita del espacio público para mantener relaciones sexuales esporádicas entre hombres. *Rev. Rup*, 329-344. <https://doi.org/10.22458/rr.v6i2.1495>
- Rojas, L. A. (2019). Buscando el “amor” en el lugar equivocado: Prácticas sexuales disidentes entre hombres como mecanismos de producción de espacio homoerótico y configuración de identidades sexuales indómitas. *La ventana. Revista de estudios de género*, 6(49), 9-44. <https://doi.org/10.32870/lv.v6i49.7016>
- Sedgwick, E. K. (1998). *Epistemología del armario*. Ediciones de la Tempestad.
- Soja, E. W. (1996). *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and other real-and-imagined places*. Blackwell Publishers.
- Teutle, A. y List, M. (2016). *Húmedos placeres: sexo entre varones en saunas de la ciudad de Puebla*. La cifra.
- Wacquant, L. (2004). *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Alianza.

Agradecimientos

Se agradece a la Secretaría de Ciencias, Humanidades, Tecnología e Innovación (SECIHTI) por la beca de estudios de posgrado otorgada para desarrollar la investigación de la cual se desprende este artículo como parte del Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales en la UNAM. Se extiende el agradecimiento a le Dre. César Torres Cruz (CIEG, UNAM) por sus comentarios y observaciones a una versión previa de este texto.